

con la del anillo, para disimular de esta manera el interés por el primero.

—Cinco pesos.

—Téngalos usted. Conque ¿puedo contar con que se tomará usted la molestia de traerme el manuscrito, por un solo momento?

—¿Pero me lo vuelvo a llevar en seguida?

—Inmediatamente.

—Pues bien, supuesto que es con el objeto de hacer una buena acción, voy por él ahora mismo. ¡Ah!... ¿No quiere usted comprarme estos botones de camisa?

—Cuando vuelva usted se los compraré—dijo Duval impaciente por el cuaderno.

Doña Anita salió contenta de la venta de sus alhajas, y discurrendo la manera de apoderarse, por un momento, del cuaderno, sin ser vista.

—En esto no hago mal a nadie—iba diciendo cuando bajaba la escalera—; al contrario, este señor lleva, en ver ese manuscrito, el fin más noble. Además de que, lo que contiene, es honroso para la familia de Leopoldo; cosas que él quisiera que las conociese todo el mundo, de modo que en nada se rebaja con este paso mi dignidad de señora.

Duval, contento del servicio que le iba a prestar doña Anita, y sobresaltado a la vez con el temor de que si no se apoderaba del cuaderno, se descubriese la inocencia del padre de Leopoldo, como aseguraba la mercachifle, quedó meditando un rato. Luego, llamando a uno de los criados que andaban por allí, le dijo:

—¿Has visto al doctor Willey?

—Sí, señor; está en la sala de juego.

—Dile que tenga la bondad de venir a verme; que le espero ahí dentro, en mi gabinete.

El mozo marchó a cumplir con la orden, y Duval penetró en la pieza de donde le vimos salir.

Doña Anita, entre tanto, se dirigía hacia su casa, cuando se encontró en la calle con su amiga y vecina Crucecita.

—¿A dónde va usted, doña Anita?

—A un asunto de la mayor importancia.

—¿Muy lejos?

—A casa; pero entremos a este portal, mi alma, porque está haciendo mucho viento, y le contaré a usted lo que pasa.

—Sí, sí.

Y las dos antediluvianas amigas entraron en un espacioso portal para ocuparse del prójimo.

Tan embebecidas estaban en su conversación, que no vie-

ron que el cielo se empezaba a poner negro, y que caían algunas gotas de agua, indicando uno de esos fuertes aguaceros tan notables en México.

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuración, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros a ocuparnos de otros personajes que interesan a nuestra historia.

CAPITULO VII

Un plan

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego, a donde había seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero? —le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora:

—¿Y se lo ha entregado usted al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.

—¿Y nada ha conocido?

—Absolutamente nada. ¿Ni quién es capaz de conocer una moneda tan perfectamente imitada? Para descubrir el engaño sería necesario recortar los pesos, como yo lo hice, para ver que el corazón es de metal blanco.

—Y las mercancías, ¿se las entregó a usted?

—Sí, señor; y pronto irán caminando hacia Guanajuato.

—Perfectamente.

—Lo que temo es que la gente encargada de custodiar el dinero llegue algún día a sospechar algo, y...

—Es de lo menos que temo; son hombres del bajo pueblo, vigilados por los nuestros, a quienes pago bien, porque ven gan escoltando el dinero, y ellos de lo que menos se ocupan es de saber su procedencia. Además, ven que tengo grandes empresas, y no extrañan que reciba esas cantidades.

—Es verdad. Y como, por otra parte, tienen formado tan buen concepto de todos los que venimos de otros países...

—Sin embargo... Ahora que contamos con cuantiosas riquezas, es cuando empiezo a temer. Tenemos situadas, es cierto, en el Banco de Londres y de París cantidades respetables con que vivir espléndidamente en Europa; pero aun tenemos aquí mucho por situar; y si en tanto se descubriese...

—Sí; lo más acertado sería realizar cuanto aquí existe, y ponernos a cubierto de cualquier percance.

—Sí; yo no espero más que mi enlace con Clotilde; en cuanto éste se realice, parto con ella para Francia.

—Pues ese día ya está próximo.

—Si no hay otro inconveniente.

—¿Cuál?

—Leopoldo.

—¿El hombre que le desarmó a usted?

—El domingo por la noche debe tener una entrevista con ella en el jardín.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por la casualidad de no haber encontrado a Inés ni a Clotilde en su casa; habían salido a una visita, y yo, aprovechando aquella ausencia, entré, sin ser visto de nadie, a la alcoba de la segunda y dentro de un cajoncito me encontré una esquelita perfumada de Leopoldo, en que la citaba para el domingo en la noche en el jardín.

—Y ¿cuál será su intento?

—Aconsejarle, sin duda, que resista a las pretensiones de don Emilio.

—Y ¿qué ha pensado usted hacer?

—¿Usted qué me aconseja?

—¿Yo?... Ya sabe usted cómo me gusta tratar esas cuestiones; matando las causas.

—¡Un asesinato!

—Es el mejor remedio; porque los muertos no hablan, ni estorban.

—¡Ah..., no! No quiero verter más sangre; aun veo manchadas mis manos en la del barón...

—Pues con la de éste se lavan. Todo lo demás, es alargar el tiempo y crear embarazos. Quitemos este estorbo, y alejémonos de este país para gozar tranquilamente del fruto de nuestro trabajo.

—Alejarme de él lo anhelo ya.

—Y es lo más prudente. No olvide usted que un fatal amor fué la causa de la muerte de su hermano de usted, don Francisco Picaluga.

—¡Oh..., sí!

—Al mal paso, pues, es preciso darle prisa.

—Pero, ¿quién querrá encargarse de esa comisión delicada?

—No faltará, y que la desempeñe a las mil maravillas.

—¿Y si Leopoldo, por una casualidad, no es vencido al sorprenderle, y se descubre nuestro intento?

—No sucederá.

—¿No valdría más apoderarnos de él y tenerle en lugar seguro hasta la realización de mi enlace?

—No estoy conforme con ese parecer, porque si Clotilde, con la esperanza de unirse a Leopoldo, busca pretextos que alarguen el plazo de su enlace con usted, podría cambiarse la fortuna, y sernos fatal la espera.

Duval conocía que esos pretextos presentaría, sin duda, la joven que amaba, puesto que Leopoldo pondría en conocimiento de ella, si no lo había puesto ya, el hallazgo del cuaderno en que se manifestaba la inocencia de su calumniado padre. Conocía, por lo mismo, que el parecer de Willey era el mejor; pero su corazón, a pesar de estar endurecido en el crimen, se resistía a pronunciar la muerte de un joven a quien toda la sociedad apreciaba. Convencido, por lo mismo, de que si confiaba al doctor el secreto de que existía el documento indicado por doña Anita, insistiría en quitar la vida a Leopoldo, quiso guardar silencio sobre este particular, y resuelto a no echar mano de ese extremo sino en el caso de no hallar otro medio de conseguir su objeto, contestó:

—Los temores de usted, doctor, no dejan de ser fundados; estoy casi seguro de que Clotilde se valdrá de todos los medios posibles para alargar el plazo de su unión conmigo; pero también sé que cuando el señor Landeta, su protector, resuelva que se verifique, Clotilde obedecerá sin replicar.

—Puede ser muy bien.

—Estoy persuadido de ello. Por eso quisiera que, al sorprenderle en el jardín, nos contentásemos con llevarle a lugar seguro, como antes dije, y tenerle en él hasta mi unión con Clotilde.

—Repito que no estoy conforme con ese parecer; sin embargo, no lo desapruuebo del todo. ¿A qué hora es la cita?

—A la hora que todos descansan; a la una de la mañana.

—Pues si usted quiere, asistiremos al mismo sitio para ver de lo que tratan, y obrar en consecuencia.

—Estoy de acuerdo.

—Quiere decir que el domingo en la noche, antes de la hora de la cita, penetraremos en el jardín, y ocultos en él esperaremos el resultado.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CATILLA ALFONSO

- Precisamente.
 —Y cuando, quitado ese obstáculo, se haya usted unido a Clotilde, abandonaremos el país.
 —Al siguiente día.
 —Es lo que nos conviene.
 —Y usted, doctor, que tiene un corazón tan inflamable y ancho, que ama a todas, ¿se resigna usted a marchar sin haber alcanzado el amor de Luz ni el de Elisa?
 —De ambas habré alcanzado lo que deseo antes de nuestro viaje.
 —De Luz no es fácil, porque está muy próximo su enlace.
 —Más próximo está un rapto.
 —¿Cuándo?
 —He resuelto que sea la víspera de su casamiento.
 —Con usted no hay mujer segura.
 —Es mi única pasión; la pasión que me domina, y no me paro en los medios, para conseguir los fines.
 —¿Y no echa usted mano de otras personas?
 —Va a ser la segunda vez que me sirva de auxiliares, porque siempre me ha gustado hacer las cosas por mí solo. La primera vez cumplieron perfectamente con su obligación; pero caí enfermo, y antes de que me aliviara y partiese al punto en que había mandado llevar a una joven que robé, logró salvarse.
 —¿Otra?
 —Sí; y era linda.
 —¿Y no la ha vuelto usted a ver?
 —Jamás.
 —Y ¿esos auxiliares?
 —Son de allende los mares, porque la índole de los mexicanos es demasiado buena para prestarse a esas empresas que es preciso hacer daño al prójimo.
 —Y ¿quiénes son esos hombres?
 —El director de nuestra oficina falsificadora, que es un leal paisano mío, amigo de aventuras, y los otros que trabajan con él, y que han venido conduciendo el dinero.
 —Veo que usted saca provecho de todo.
 —Será mi última empresa amorosa en México.
 —Dios quiera que salga usted con tanta felicidad de ella, como yo anhelo salir de la mía.
 —En dos cosas confío para conseguirlo.
 —¿En cuáles?
 —En mi fortuna y en mi osadía.
 —Puesto que de la primera no dudo, deseo que la segunda le sea favorable.

- Lo será.
 —Esta confianza es un seguro presagio de buen éxito.
 —Y el presagio se realizará.
 —Así lo espero.
 —Adiós, señor Duval.
 —Adiós, señor doctor.
 Willey estrechó la mano de su socio, y salió de la pieza.
 Duval arregló algunos papeles, pensó un momento en el plan que debía seguir para ser dueño de la mano de Clotilde, y se puso a esperar, con marcada impaciencia, la llegada de doña Anita con el cuaderno prometido.

CAPITULO VIII

Una escena en el agua

- El cielo estaba cubierto de negras y gruesas nubes que enviaban a torrentes la lluvia; el ruido de los canalones por donde salía a grandes chorros el agua y el de los continuos truenos, se unía al que formaban los infinitos coches que en esos momentos de espantoso aguacero cruzan en todas direcciones la capital, que se convierte en una inmensa laguna.
 —¡Qué aguacero tan espantoso!...—dijo un joven que estaba concluyendo un retrato, a otro que seguía pintando un magnífico cuadro del apostolado—. Hoy es día de que se aneguen las calles hasta penetrar el agua al zaguán.
 —Y eso que aun no es el tiempo de lluvias.
 —Pero es una tempestad que convertirá en un lago la ciudad.
 —La obscuridad del cielo así lo indica al menos.
 —Voy a descansar un momento mientras pasa el chubasco, porque me falta luz—dijo el primero, dejando sus pinceles y acercándose al que continuaba pintando—. Va perfectamente; ese toque ha sido feliz. ¿Ve usted, querido Núñez, cómo no me engañaba cuando le decía que su pincel debía ser excelente?
 —¿Le gusta a usted, amigo Leopoldo, la marcha que lleva el cuadro?
 —En extremo. Los contornos están perfectamente; el paisaje muy bien comprendido; las figuras maestramente colocadas, y el colorido es inmejorable.

—Me alegro de que sea de la aprobación de usted.

—En un todo.

—¡Y yo, que en mi abatimiento, en mi desgracia, cuando perdí las dulces ilusiones de mi amor, me entregué al vicio de la embriaguez, creyendo ahogar en él las penas del alma, cuán lejos estaba de conocer que el verdadero remedio a nuestros males, la eficaz medicina de las dolencias del corazón, es el trabajo!... Es cierto que ahora se han despertado en mí sentimientos tiernos, recuerdos íntimos que me hacen verter lágrimas; pero en estos sentimientos encuentro una grata melancolía que me hace feliz. Entonces, para no sufrir, renuncié a la razón; pero si es cierto que el espíritu dormía, la materia, en cambio, padecía todos los tormentos y todas las miserias que aquejan al cuerpo como consecuencia del abandono, de su descuido al trabajo.

—¿Quiere decir que es usted ahora menos desgraciado?

—No; ahora soy casi dichoso; porque ahora, si cierto es que perdí los dulces placeres del amor correspondido, disfruto de las dulzuras de la amistad franca, leal y desinteresada con que usted me honra.

—El honrado y el favorecido con ella he sido yo; yo que le debo a usted la honra de mi calumniado padre, la vida, que hubiera acaso perdido a manos de mi rival, y la posesión de ese cuaderno, que habían arrebatado traidoramente a la hermosa Inés.

—Todo eso está pagado con usura por haberme hecho entrar, de nuevo, en la senda del honor. Usted me ha dado ejemplo de resignación y de amor al trabajo, que nunca olvidaré.

—Pero no le he podido dar a usted el remedio a su pena amorosa.

—Las heridas del corazón son incurables; duermen muchas veces, pero no acaban.

—Tiene usted razón.

—Cuando se ha amado como yo amé a la hermosa joven en quien veía el conjunto de todas las perfecciones; cuando nuestro corazón se ha alimentado con los juramentos de amor del objeto amado, y cuando cerca de las puertas de la suprema felicidad, cuando vamos a tocar la gloria apetecida, el encanto desaparece y el alma bebe las heces del amargo desengaño, el corazón se abate, se anonada; pero queda grabada en él para siempre la imagen del sér que hemos idolatrado.

—Veo que le hacen a usted mal esos recuerdos.

—No, don Leopoldo; todo lo contrario; me hacen mucho

bien. Yo la amé con todas las veras de un corazón leal y tierno; lloré su desaparición como llora el desterrado la ausencia de su patria; la lloro aún y la lloraré constantemente; pero ese amor y ese llanto son dulces, como los recuerdos de los goces pasados.

Y Núñez quedó con la mano descansando sobre la tiente, con los ojos fijos en el lienzo que pintaba, y tiernamente conmovido.

Leopoldo, que amaba, comprendió como nadie lo que sufría, y guardó silencio, para no profanar sus dulces sentimientos.

Sabía que hay gratos dolores, penas balsámicas de que sería un tormento separarnos.

Entre tanto, la lluvia había cesado, presentándose de repente el cielo limpio, azul y despejado, como acontece generalmente en México después de un fuerte aguacero.

En aquel momento se oyó gran bulla, gritos y algazara en la calle.

Leopoldo abrió el balcón y convidó a su amigo a que se asomase.

Núñez accedió, y su imaginación se distrajo con las animadas escenas que se presentaron a su vista, como se presentan siempre en cuanto concluye de caer el agua.

Las calles estaban completamente anegadas de una acera a otra.

Los coches, metidos en el líquido elemento hasta los ejes, caminaban pausadamente, arrastrados por mansas mulas o fogosos caballos, que, al caminar, hacen saltar el agua, bañando a los traseuntes por segunda vez.

Los muchachos, con los pantalones arremangados hasta los muslos, cruzan jugando por en medio de aquel improvisado lago, metiendo una bulla espantosa.

Los curiosos, detenidos en las bocacalles, sin querer pasar por no darse un baño de pies, se entretienen y se ríen de las mujeres del bajo pueblo, que se meten sin ceremonia, levantándose las enaguas hasta las rodillas.

Los cocheros y los ociosos se entretienen burlándose de los que, teniendo que cruzar de una acera a la otra sin mojarse, se lanzaban a las espaldas de un sucio cargador, que muchas veces cae con la carga en medio de aquel mar, entre las risas, los silbidos y los aplausos de la multitud, y un número considerable de hombres, parados en todas las esquinas, descalzos, en mangas de camisa y con sombreros de petate, se acercan preguntando a todos los que llegan: «¿Quiere usted que le pase, señor amo?».

De repente se oyeron aumentar los gritos y la algazara de los curiosos.

Leopoldo dirigió la vista hacia el sitio de donde venían, para averiguar la causa, y no pudo contener la risa al ver a dos ancianas que luchaban con los alegres cargadores, que se empeñaban en pasarlas cargando.

—Núñez, ¿no son aquellas dos, nuestras vecinas doña Cruz y doña Anita?

—Las mismas.

—Seguramente se han entretenido charlando por ahí, y han tenido que esperar a que pasase el agua.

—Es muy regular. Pero, ¿cómo entrarán ahora en su casa?... ¿Se resolverán a que las traigan cargadas?

—Veamos.

—¿A dónde las pasamos a ustedes, señoritas?—les decían varios cargadores, cercándolas y agarrándolas—. Yo no me caigo con la carga.

—Echennoslas en las espaldas, valedores—decían otros—. Iremos pregonando la bula.

—¡Insolentes!...—exclamó exaltada la mercachifle—. No saben ustedes distinguir las personas. ¿No ven ustedes que somos unas señoras?

—Por lo «mesmo», queremos que no se mojen los ahuecadores.

—Oiga usted, yo no uso nada postizo, ¿está usted? Todo lo que llevo es mío.

Y se aplastaba el vestido con las manos, para hacer ver que no llevaba miriñaque debajo.

—Usted dispense, señorita—respondió el cargador con sorna—, equivoqué los huesos con los aros; como los tiene su merced tan salientes y «prenunciados»...

—Ya quisiera usted tener mis carnes.

—Déjalas, compadre—añadió un tercero—, que ya son «vigilias».

—Oiga usted, malcriado—exclamó doña Anita, no pudiendo tolerar que la llamasen vieja, que era el mayor insulto que la podían hacer—; nada le deben mis años, sean pocos o sean muchos; ¿está usted?... Y pena de la vida el que no llegue a viejo.

—No les haga usted caso, doña Anita—decía doña Cruz—. ¿Quién se pone a disputar con esa gente?

—Tiene usted razón, mi alma. Pero lo peor es que me precisa llegar a mi casa.

—¿«Quere» su merced que yo la pase, señorita?—dijo uno, separándose de los demás cargadores, con quienes había

fraguado una burla, y quitándose el sombrero con hipócrita respeto.

A doña Anita le lisonjeó aquella sumisión, y le dijo al oído a su vecina:

—Este siquiera sabe tratar a las señoras.

—Es verdad—le contestó doña Cruz.

—Pero, ¿no me caeré?—preguntó la mercachifle con amable sonrisa.

—No, señorita; no tenga su merced cuidado; sé demasiado la preciosa carga que llevo, para que la cuide como merece su alto nacimiento.

Los cargadores, que estaban de acuerdo con su compañero, se quitaron los sombreros con fingido respeto, como asombrados de lo que oían.

Doña Anita se sonrió con satisfacción y vanidad, y les envió una mirada de perdón y de superioridad.

Los cargadores inclinaron la cabeza.

—Vamos, señorita; la llevaré a usted al instante.

—Pero...

—Cuando le digo a su merced, señorita, que no tenga su merced cuidado...

—Bueno; confío en usted.

—Hace su merced muy bien, señorita. Y ¿a dónde la llevo a su merced?

—Ahí enfrente; al número tres.

—Está muy bien.

Y el cargador guiñó el ojo a sus compañeros, mientras se agachaba para que montase doña Anita sobre sus espaldas.

Igual cosa hacía doña Cruz, colocándose encima de otro cargador.

—Cuide usted de que no se me suba el vestido.

—No se verá nada, señorita.

—Espere usted, espere usted, que se me ven los pies—dijo doña Anita, volviéndose a bajar para arreglarse el vestido.

—¡Ay!... Doña Anita—dijo Cruz—; ¿no ve usted? Leopoldo nos está viendo desde el balcón.

—¡Ay!... ¡Qué rubor!... Pero, ¿qué remedio, mi alma? ¿Nos hemos de estar aquí hasta la noche, cuando a mí me interesa llegar? Marchemos juntitas, para taparnos mutuamente.

Y ambas se colocaron sobre la espalda de su correspondiente acémila racional, encargándoles que fuesen unidos.

En cuando los que habían estado esperando aquella escena, las vieron sobre las espaldas de sus compañeros y en medio del agua, empezaron a silbarles y a dirigirles pullas.

—¡Ay!... ¡No se caiga usted, por Dios!...—exclamó la mercachife, viendo que se bamboleaba su cabalgadura bipeda.

—¡Virgen Santísima!...—gritó doña Cruz, notando que las piernas de la suya flaqueaban.

—Está muy resbaladizo el suelo—dijo el que llevaba a doña Anita, fingiendo resbalar.

—¡Que me caigo!... ¡Que me caigo!...—exclamó Cruz, afianzándose fuertemente con una mano del pescuezo del cargador, y con la otra del vestido de su amiga.

—¡No me estire usted, vecina!...—dijo asustada doña Anita, viendo que la otra la agarraba.

Los silbidos y la risa de los curiosos iban en aumento.

—¡Que se le ven los pies!... ¡Que se le ven los pies!...—gritaban unos.

—¡Que se le sube el vestido!...—decían otros.

—¡Ahora..., ahora!...—exclamaron todos a la vez.

A aquella voz, el cargador que llevaba a doña Cruz, hizo como que tropezaba, bamboleándose con la carga; asustada la que iba encima, dió un agudo chillido, y se volvió a agarrar de doña Anita para no caer; pero al esfuerzo que hizo, fingió perder el equilibrio el que conducía a la última, y todos cayeron al agua, en medio de la risa universal.

Doña Anita, temiendo ahogarse, gritaba que la sacasen; y su amiga renegaba de la hora en que la detuvo para contarle vidas ajenas.

Después de haber tragado una regular cantidad de agua, ambas consiguieron ponerse en pie y salir empapadas, dejando los zapatos en el agua.

La rechifla entonces fué mayor, y no cesaron los silbidos hasta que consiguieron entrar en sus respectivas viviendas, corridas y avergonzadas.

Leopoldo sacó el reloj, y dijo a su amigo:

—Son las cinco. ¿Quiere usted que vayamos al colegio de las «Vizcaínas», como quedamos?

—Sí; marchemos.

—Ahí pasa un coche vacío casualmente—advirtió Leopoldo, llamando al cocheró, y diciéndole que se acercase a la puerta.

El cocheró paró el carruaje y esperó a que bajasen.

Leopoldo se puso la levita, echó una mirada sobre su cuadro, se acercó a la mesa, cogió un manuscrito que estaba encima de ella, y se puso a leerlo, mientras su amigo Núñez se mudaba también la levita para salir.

—¿Cuándo piensa usted poner en manos de Inés ese cuaderno, amigo Leopoldo?—le preguntó Núñez.

—Dentro de pocos días; y si no lo he hecho hasta ahora, ha sido por temor de confiarle a otro la comisión de entregarlo.

—¿Es decir que piensa usted dárselo usted mismo?

—Así lo he resuelto.

—Pero, ¿de qué medios se podrá usted valer para conseguirlo, cuando le ha sido a usted prohibida la entrada en la casa y Duval espía los pasos de usted?

—Aprovechando los instantes de una cita que debo tener con Clotilde muy pronto, a una hora en que nadie nos puede sorprender.

—¡Cuidado con las citas!

—Tomaré mis precauciones.

—Y cuidado también con el cuaderno. Es preciso que no lo deje usted encima de la mesa, no sea que nos lo arrebatan también a nosotros.

—No es fácil.

—Sin embargo, todo es de temer de esos hombres que tanto empeño manifiestan en apoderarse de él, asaltando la casa de don Emilio Landeta.

—Eso es cierto.

—¡Oh!... Si no hubiese sido porque en recoger el cuaderno me detuve un instante, yo me hubiera apoderado de ese malvado de la barba larga, que, al disparar la pistola, echó a correr.

—Esto hubiera sido para mí el principio de mi felicidad.

—Por eso es preciso guardar su obra—dijo Núñez, acabando de vestirse.

—Voy a hacerlo así.

Leopoldo abrió el cajón de la mesa; pero viéndolo lleno de objetos volvió al dejar el cuaderno sobre ella, mientras los arreglaba.

En aquel momento se abrió con ímpetu la puerta del estudio, penetrando por ella, desolada y sin aliento, la vecina doña Anita.

—Señores, por el amor de Dios—entró exclamando con la mayor aflicción—, salgan ustedes al balcón y griten que aprehendan a ses infames cargadores.

—Pero, ¿qué pasa, señora?—le preguntó Leopoldo, acercándose a ella, y dejando abierto el cajón de la mesa, y encima de ésta el cuaderno.

—¡Que me han robado!...—dijo afligida, corriendo al mismo tiempo al balcón, y mirando a la calle para ver si descubría al cargador que la había dejado caer.

—¡La han robado a usted!... ¿Y quién?

—El cargador que me arrojó en el agua.

—¡Cómo!

—Mientras, llena de miedo, temiendo caer, me agarraba de mi vecina Crucecita, él sin duda me sacó del bolsillo todo el dinero y las alhajas que traía... ¡Ah!... ¡Estoy arruinada!.. Estoy arruinada si no logro que se agarre a ese hombre...

Y la infeliz doña Anita lloraba amargamente, dirigiendo la vista hacia todas partes, para ver si descubría al cargador.

Núñez y Leopoldo, conmovidos, pasearon también la vista por la anegada calle; pero no llegaron a descubrir al cargador que la arrojó en el agua, y a quien sin duda hubieran conocido por el traje, pues habían fijado la atención en él cuando tuvo lugar la escena de la caída.

—¿Le ven ustedes?

—No, doña Anita—dijo Leopoldo—; sin duda se ha marchado, temiendo que lo aprehendan.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—exclamó afligida la infeliz—; Y no poder salir en su busca, por estar las calles anegadas!...

Y doña Anita, perdida toda la esperanza y olvidándose, en su dolor, hasta del encargo que le había hecho Duval, se dejó caer sobre una silla, lamentando su desgracia.

Leopoldo y Núñez trataron de consolarla; pero teniendo precisión de salir, y haciendo ya gran rato que les esperaba el coche, se despidieron de ella.

—Adiós, doña Anita—le dijo el primero—; ya daremos los pasos necesarios para encontrar a ese cargador; pero si no lo conseguimos sabe usted que le ayudaremos a usted mi madre y yo con cuanto sea necesario.

—Mil gracias, don Leopoldo.

—Adiós, pues; tenemos que salir, y la dejamos a usted en su casa; no tardará mi madre en venir a esta pieza.

Y Leopoldo y Núñez salieron compadeciéndose de la desgraciada doña Anita; bajaron la escalera, entraron en el coche, y poco después se dirigían al colegio de las «Vizcaínas».

Doña Anita, no pudiendo resignarse a perder todo lo que constituía su fortuna, salió veinte veces al balcón, entrando otras tantas desconsolada al no ver al cargador, y dejándose caer en una silla.

De repente vino a fijarse una idea en su imaginación.

El cuaderno que le había encargado Duval.

¿Estaría allí?

¿Le sería fácil apoderarse de él?

¿No podría alcanzar, presentándolo, más dinero que el que acababa de perder?

Duval era hombre rico; le había comprado sus alhajas al precio que le había pedido; ¿podría dudar, pues, que dejaría de recompensarla liberalmente el servicio de entregarle el manuscrito por el que tanto interés había manifestado?

Doña Anita sintió que la alegría volvía a su corazón con aquel pensamiento.

—Sí, Duval me dará cuanto oro quiera por ese cuaderno; le diré la desgracia que he sufrido por servirle, y todo me lo pagará.

Alentada con esta idea, se levantó de la silla que ocupaba, dirigió la vista hacia la mesa, y al tropezar sus ojos con un objeto que en ella había, se pintó en su rostro la alegría más intensa.

—¡Allí está el cuaderno!...—exclamó alborozada.

Luego, temiendo ser sorprendida, miró hacia todas partes, para ver si alguien la observaba.

Convencida a poco de que estaba sola, se dirigió sobre las puntas de los pies, y conteniendo la respiración, hacia la mesa.

Al llegar a ella se detuvo un instante, y volvió a mirar hacia todas partes, temiendo que alguien entrase.

Asegurada de que nadie la veía, se apoderó del cuaderno, y se dispuso a guardarlo.

En aquel momento la puerta vidriera que daba al estudio se abrió.

Doña Anita se puso pálida.

La puerta volvió a cerrarse tres de una persona que entraba.

Esta persona era la madre de Leopoldo.

¿Qué hizo doña Anita al verla?

¿Guardó el cuaderno?

Los acontecimientos nos vendrán a revelar más adelante lo que pasó en aquel momento.

CAPITULO IX

La cita

Los relojes de los sólidos templos de la ciudad daban casi a un mismo tiempo las doce de la noche.

A esa hora México reposa en el mayor silencio.